

para evitar la peste.—Ya se han dado para ello las órdenes oportunas.» Y después de expresarse en estos términos, el miserable gobernador volvía á su apatía. Mas no era de extrañar que de tal modo procediera desde el momento en que se le atribuía la siguiente frase: «En Siria hay dos calamidades, los drusos y los maronitas, y la Puerta tiene el mayor interés en que unos ú otros desaparezcan (1).» «He estado varias veces en casa del bajá, escribía el Sr. Brant indignado, y siempre he obtenido la misma respuesta: Ya lo haré, ó bien: Ya lo he hecho; pero no hace nada, y cuando le colmo de reproches, me contesta que no tiene tropas suficientes. Ni una sola vez ha salido del Serrallo.» Y á la vista de los cadáveres y en medio del estrépito de las descargas y de los fulgores del incendio, añadía el cónsul británico: «Sólo el cielo puede asegurarnos cinco minutos de vida (2).»

La matanza comenzada el día 9 prosiguió durante todo el día 10; al amanecer del 11 corrió el rumor de que algunos cristianos habían hecho fuego sobre los turcos matando á dos de ellos, y aunque la noticia era falsa, sirvió de pretexto para redoblar la carnicería. La pluma se resiste á describir tales horrores: después de saqueadas las viviendas ricas ó acomodadas, fueron asaltadas las casas de los pobres, consumándose en todas partes la misma obra de destrucción. Las puertas eran derribadas á hachazos y los infelices habitantes que no habían podido huir morían acuchillados; á las mujeres se las sometía á toda clase de torturas hasta que indicaban el sitio en donde estaban guardados el dinero, las joyas, los tesoros de la familia; y los niños, los jóvenes y las muchachas eran secuestrados con la esperanza de obligar á los unos á la apostasía y de utilizar á las otras para toda suerte de libertinaje. Cuando una turba se marchaba, llegaban otras para cargar con lo que aquella había dejado; y cuando ya no quedaba nada que robar, se pegaba fuego á los edificios y las llamas subían lentamente por las desnudas paredes para acabar hasta con las ruinas.

El día 12 disminuyó la carnicería, más por cansancio que por arrepentimiento ó piedad; los días siguientes, aunque se señalaron por algunos asesinatos, parecieron casi tranquilos, ¡tan grande era el horror de lo que en los anteriores se había presenciado! Al fin renació la calma en la desolada ciudad, pero una calma tan lúgubre como la misma guerra porque las calles estaban llenas de cadáveres insepultos y al través de los escombros surgían á intervalos los fuegos de los incendios que se creía extinguidos. ¿Cuáles eran las pérdidas? Aun no se sabía, pero según los cálculos más moderados, más de la tercera parte de la población masculina había desaparecido. Los más afortunados fueron los que, hallándose ausentes de sus casas en el momento de la terrible alarma, se refugiaron en los consulados francés ó inglés y en la ciudadela, y allí esperaron, en una seguridad relativa, que terminara la agitación. También afluyeron á aquellos lugares de asilo todos los que durante la matanza pudieron huir de sus moradas por salidas interiores y los que debieron su salvación á un disfraz ó á la com-

(1) Informe del Sr. Brant á sir Bulwer (*Correspondence*, página 132).

(2) Informe del Sr. Brant de 12 de julio (*Further papers*, página 49).

pasión de algún enemigo menos implacable. Muchos, para escapar de la muerte, se mezclaron con los asesinos, y algunos apostataron sin que este acto de debilidad permitiera á todos conservar la vida. Las hermanas de San Vicente de Paul y los lazaristas se salvaron; en cuanto á los franciscanos, su convento fué destruído y ocho de ellos fueron asesinados (3). En tan terribles circunstancias, un antiguo adversario de Francia, Abdel-Kader, quiso vengar el honor del Islam. Vivía entonces fastuosamente en Damasco, en parte como particular y en parte como soberano, y desde el comienzo de los disturbios su perspicacia le había hecho presentir el peligro: «De veinticuatro musulmanes, decía, veinte excitan públicamente á la matanza, y de los otros cuatro, tres y medio la desean.» Sin embargo, animado por una suprema esperanza de evitar la catástrofe, fué á avistarse con los miembros del Gran Consejo, á quienes encontró, según dijo después, «fumando en sendas pipas y negándose á hacer algo (4).» No pudiendo sacudir la indigna apatía de sus correligionarios, abrió á los europeos, y en particular á los franceses, las puertas de su palacio, que el prestigio de su nombre hacía sagrado y que además estaba guardado por sus fieles argelinos armados de fusiles bien cargados. Gracias á él pudieron salvarse, según se dijo, mil quinientos cristianos; y cuando hubo pasado la tormenta, nuestro antiguo enemigo no se creyó todavía en paz con los que le debían la vida, sino que, juzgando que Damasco, aun después de pacificada, sería para sus huéspedes una residencia peligrosa, organizó con ellos una caravana, les hizo escoltar al través del Líbano y no les abandonó hasta que estuvieron á la vista de Beirut y bajo la protección de los cónsules y de los buques de Occidente.

V

Hasta el 16 de julio no se tuvo noticia en París de las nuevas matanzas, é inmediatamente el Sr. Thouvenel marchó á Saint-Cloud, en donde estaba el emperador. La indecisión no fué larga: después del Líbano, Damasco; después de los drusos, los turcos. ¿Había resuelto el fanatismo musulmán aniquilar á todos los cristianos de Oriente? Pues ya no bastaba que algunos buques fuesen á desplegar nuestro pabellón en aguas de Beirut, sino que era necesario que fuerzas europeas desembarcaran y, á pretexto de ayudar á la Puerta, se pusieran en el lugar de ésta para realizar la misión de alta policía que ella no podía ni quería llevar á cabo. En su consecuencia, quedó resuelta la intervención.

De regreso en su palacio, encontró el ministro á lord Cowley que acababa de llegar. El horror de los acontecimientos hacía difíciles las objeciones, así es que el embajador inglés nada respondió á las explicaciones del Sr. Thouvenel, limitándose á decir: «Es necesario meditar esto;» y retirándose acto seguido, apresuróse á telegrafiar á Londres lo que había averiguado. Al día siguiente, una comunicación del Sr. de Persigny acabó de ilustrar al jefe del *Foreign Office*: el emperador había resuelto el desembarco de un cuerpo de ocupación, si bien todo estaba calculado para disipar cualquier inquie-

(3) Véase *Annales de la propagation de la foi*, 1861, pág. 60.

(4) Informe del mayor Fraser á lord Russell, 23 de agosto (*Correspondence relating*, etc., pág. 96).

tud; el objetivo no sería la conquista ni la consecución de ninguna ventaja particular, sino el restablecimiento de la paz pública; la expedición se efectuaría únicamente en virtud de los tratados, de acuerdo con las potencias y con la Puerta misma; Francia no sería más que la ejecutora de las voluntades de Europa; y aun lo mejor sería, si es que ello fuese posible, que cada Estado aportara su contingente y contribuyera por su parte al triunfo del orden y de la humanidad (1).

Ya hemos visto cuán contradictorios eran los sentimientos de Inglaterra. Al recibir aquella comunicación, la perplejidad subió de punto y los ministros de la reina permanecieron más que nunca indecisos entre sus buenos y sus malos pensamientos.

Los buenos prevalecían á intervalos, pues cada correo conducía á Londres las correspondencias de los agentes ingleses, cónsules, marinos, misioneros, simples residentes, cuya simple lectura producía una impresión de horror que iba acentuándose hasta el punto de sobreponerse á todo; pero los prejuicios nacionales, ahogados un instante por el clamor de la conciencia pública, no tardaban en reaparecer y en insinuarse nuevamente en las almas. Inglaterra se mostraba apesadumbrada casi por igual por dos cosas: primera, porque hubiera víctimas; y segunda, porque estas víctimas fuesen socorridas por nosotros. ¿Quién podía creer en el desinterés de Napoleón III? Hacía poco se había apropiado de Niza y Saboya: ¿cuáles eran sus nuevas ambiciones? ¿Qué cuestión tenía reservada para sorprender ó perturbar á Europa? ¿Qué sería de Siria? ¿Se convertiría en reino, en principado ó en país de protectorado francés? En estos términos se expresaban los diarios. En los comienzos de la empresa, el gobierno de la reina no se habría atrevido á negar su adhesión; pero ¿por qué sutilezas de detalle no trataba de retirar su consentimiento? Animado de este espíritu, aquel gobierno se esforzaba en discutirlo todo envidiosamente, las proporciones de la expedición, su duración, su esfera de acción; propalaba toda clase de objeciones y en caso necesario las creaba, tomándolas luego como argumento; y con sorprendente perspicacia discernía todos los puntos negros y después de haberlos descubierto no toleraba que nadie los ignorase. En otros términos, decía sí, pero formulando todas las razones que existían para decir no.

Aquella mala voluntad era impotente, sin embargo, para alterar un propósito ya inquebrantable; así es que los embajadores de los cinco grandes Estados reunidos en París acordaron, en 3 de agosto, que desembarcase en Siria un cuerpo de tropas francesas para reprimir las facciones ó, como se decía en lenguaje diplomático, para ayudar al sultán á restablecer la paz. Napoleón III obraría, más que en su nombre personal, como mandatario de Europa y como mandatario desinteresado; y la ocupación duraría á lo sumo seis meses, limitación en la cual se revelaban las desconfianzas de la Gran Bretaña. En el campo de Chalóns habíase previamente preparado una brigada de unos seis mil hombres que estaba dispuesta á partir y cuyo mando se confió al ge-

(1) Véase el despacho de lord Cowley á lord Russell, 17 de julio (*Correspondence relating* etc., págs. 6 y 7). — Despachos del Sr. de Thouvenel al Sr. de Persigny, 16 y 17 de julio (*Documents diplomatiques*, 1860, págs. 198 y 199).

neral de Beaufort de Hautpoul, gran conoedor del Oriente, según se decía, por haber servido largo tiempo á las órdenes de Ibrahim-Bajá. Aquel pequeño cuerpo de ejército fué enviado á Tolón aun antes de que el documento del 3 de agosto se convirtiera en convenio definitivo (2). En el entretanto, el emperador, con laudable paciencia, dedicábase á calmar á su irritable vecina, y en una carta al Sr. de Persigny, que aunque de índole privada estaba destinada seguramente á la publicidad, negaba que le animara la menor ambición, recordaba su programa de Burdeos, manifestaba cierto disgusto por todas las cuestiones surgidas en Italia y en otras partes, y añadía que su deseo hubiera sido no ir á Siria, no sólo por el gasto que ello significaba, sino por el apuro en que la empresa le ponía.

Inglaterra, no pudiendo impedir que la expedición partiera, acariciaba una sola esperanza, y era que la Puerta fuese bastante prudente para precipitar las represiones anticipándose á los expedicionarios, ó bastante hábil para reducir á éstos al papel de auxiliares. Pero ¿cabía esperar tal energía ó tal habilidad de la Puerta que hasta entonces se había mostrado rebelde á todas las enseñanzas? Y, sin embargo, así fué, y aun mucho más de lo que Inglaterra deseaba. Vamos á ver, en efecto, cómo Turquía se abre camino entre Francia y la Gran Bretaña, envidiosas una de otra; cómo elude las reformas, aplaza las reparaciones, limita á su voluntad los castigos y se burla de los maronitas, de Beaufort, de los diplomáticos, en una palabra, de todos, incluso de los mismos que la habían aleccionado.

VI

En Constantinopla habían negado, por de pronto, las malas noticias; pero cuando ya no fué posible el disimulo, varióse allí de táctica. Como ya no podía engañarse á Europa por más tiempo, se pensó en sorprenderla con una ostentación de indignación y de firmeza difícilmente insuperables: el sultán escribió de su puño y letra sendas cartas al emperador de los franceses y á la reina de Inglaterra, censurando duramente los excesos y prometiendo amplia reparación; y luego se anunció el envío á Siria de un comisario extraordinario, investido de poderes ilimitados é instrumento de la inflexible justicia de su soberano. Muy pronto se supo el nombre de aquel elevado funcionario: era Fuad-Bajá, ministro de Negocios extranjeros, personaje muy ilustrado y tan bien reputado como digno. Las instrucciones que le dieron y que Turquía cuidó de que se hicieran públicas proclamaban pomposamente la igualdad de todos los súbditos del Imperio, quienes tenían derecho á una misma protección, fuesen cuales fueren sus creencias. La despedida de Fuad fué solemne: el sultán, quitándose del casquete la placa que era el distintivo de su autoridad militar, se la entregó como prenda especial de su confianza; y á su disposición pusieronse varios buques y algunos batallones que, ¡cosa extraordinaria!, estaban casi al corriente de sus pagas. Finalmente, en el acto de embarcarse, el ministro turco, dirigiéndose á uno de nuestros agentes consulares, le dijo con gran calor: «Decid al embajador de Francia que la-

(2) El convenio no se firmó hasta el 5 de septiembre.

varé la mancha aun á riesgo de mi vida, y que las tropas cumplirán con su deber (1).»

El aparato escénico estaba hábilmente dispuesto, y el actor no era menos hábil: Fuad se había convencido muy pronto de que había algo mejor que resistir á Europa y era aparentar ceder á sus exigencias. Lo más urgente había de ser apaciguar con algunas ejecuciones los clamores del Occidente, hecho lo cual, dos cosas favorecerían á los turcos: el tiempo, que debilitaría la impresión pública, y las competencias de los Estados europeos, cuyos celos recíprocos engendrarían la impotencia de todos ellos. La Puerta se desembarazaría de Francia con ayuda de Inglaterra, y si luego podía librarse de esta imperiosa y desagradable bienhechora, no habría más que pedir; eludiría las indemnizaciones pecuniarias invocando su insolencia; aplazaría los castigos pretextando la complicación de los procedimientos y exponiendo una serie de escrúpulos legales, y en cuanto á las reformas, mostraríase pródiga en prometerlas. Y muy mala había de ser la suerte de los turcos si en el entretanto no surgía algún conflicto en Europa que desviara hacia otro asunto la atención de la diplomacia.

Animado de tales pensamientos, llegó el ministro turco á Beirut, en donde, como en todo el Líbano, reinaba el silencio, porque una parte de los habitantes habían perecido y los demás estaban aterrados. Las autoridades turcas llamaban á esto la paz y en recientes despachos habían tenido la desfachatez de transmitir á Londres la feliz nueva. Fuad comprobó que reinaba allí orden completo y en sus informes hizo constar que la situación había mejorado sensiblemente. Había, sin embargo, en Beirut demasiados infelices y demasiados hambrientos para que fuese imposible dejar de verlos; por lo que el alto comisario del sultán prodigó consuelos á unos, animó á otros y hasta distribuyó algunos socorros en dinero, con gran sorpresa de todo el mundo. Preciso es que la situación sea muy grave, díjose entonces, para que Turquía se muestre tan generosa.

Fuad deseaba sobre todo llegar á Damasco: allí se habían cometido las más vergonzosas matanzas y convenía que la noticia de la venganza siguiera de cerca al relato de los crímenes. Después de algunos días de recogimiento, llevó á cabo Fuad lo que, en sus conversaciones con los cónsules, denominaba *su golpe de Estado*. Muchos musulmanes fueron arrestados, pero sin orden ni concierto y atendiendo no á las reglas de equidad, sino al cálculo aproximado de las ejecuciones que Europa exigiría. La mayoría de los detenidos eran gentes de baja estofa, á las que se añadieron varios personajes notables y hasta algunos altos funcionarios, á fin de dar á la cosa una apariencia de osadía y de imparcialidad. La información fué corta y se hizo justicia á la turca, es decir, una justicia que se parecía mucho á los mismos excesos que se quería castigar. Después de un proceso sumario, los militares fueron fusilados y ahorcados los demás, con gran asombro de los damascenos que jamás habían visto condenar á muerte á un musulmán por el asesinato de un *perro cristiano*. Fuad enviaba á todas las cancillerías un estado de sus rigores, y, como hubiera podido hacer el burócrata más celoso, multi-

(1) Despacho del Sr. de Lavalette al Sr. Thouvenel, 18 de julio (*Documents diplomatiques*, pág. 200). — *Monitor* del 29 de julio de 1860.

plicaba las listas, las estadísticas y los estados nominales: 57 individuos habían sido ahorcados y 111 fusilados, y además habíanse dictado 83 sentencias de muerte en rebeldía; á estas condenas capitales se añadían 325 de presidio y 145 de destierro, sin contar con otras más leves que el comisario turco se guardaba bien de omitir (2). Para que la ilusión fuese completa, Fuad consideró que sería muy ingenioso poner al lado del castigo del crimen la recompensa del valor; así fué que un día se presentó en el palacio de Abd-el-Kader y con desconcertante aplomo le entregó, en nombre del emperador, la placa del Medjidié, al mismo tiempo que el emir recibía el gran cordón de la Legión de honor. ¿No estaban, pues, todos de acuerdo?

Quedaba Achmet, el miserable gobernador, y Fuad no creyó conveniente perdonarle, á pesar de su elevado rango, pues comprendió que un acto de energía semejante quitaría á los franceses todo pretexto para ocupar Damasco, la ciudad santa. Además, si hemos de dar crédito á ciertas revelaciones, Achmet había cometido la falta de hablar demasiado y aun de afirmar que se había ajustado á las órdenes recibidas de Constantinopla. El gobernador fué, en consecuencia, arrestado, encarcelado, juzgado y condenado á la pena capital en virtud de un proceso cuyos detalles no se hicieron públicos. También fué ejecutado clandestinamente, sin testigos, antes de la salida del sol, lo que permitió á Fuad, por un lado, decir á Europa que se había mostrado implacable, y por otro hacer creer á los musulmanes fieles que aquella ejecución había sido simplemente un simulacro y que el gran culpable había sido perdonado.

Después de haberse portado de esta manera en Damasco, Fuad regresó el 11 de septiembre á Beirut, y esta vez con la frente muy alta. En la región del Líbano había dos clases de culpables: primeramente los drusos y luego los turcos, cómplices suyos. Respecto de los primeros, Fuad dirigió á los jefes una intimación para que se constituyeran prisioneros, conminándoles, en caso de resistencia, con la pérdida de todos sus títulos y honores y con el secuestro de sus bienes. Una docena de ellos se dejaron convencer y se presentaron en Beirut, en donde fueron sometidos á vigilancia; tenían, sin embargo, la esperanza de que nada malo les ocurriría, pues por algo eran los protegidos de Inglaterra. En cuanto á los turcos, el gobierno de la Puerta acarició al principio, según parece, la ilusión de que podría eludir toda represión; así el odioso Khurchid no sólo no había sido condenado, encarcelado ni destituido, sino que, por el contrario, se le confió una misión de confianza y el encargo de inspeccionar las costas; es decir, que de pirata, en cierto modo, quedó convertido en almirante. Desgraciadamente para él los comandantes de los buques aliados se curaron muy poco de aquel nuevo colega, y un inglés, el almirante Martín, protestó en ese tono perentorio de los marinos acostumbrados á ser obedecidos. Sólo entonces fué arrestado Khurchid y con él lo fueron algunos oficiales otomanos; pero Fuad confiaba en que no se derramaría más sangre que la que se había visto obligado á verter en Damasco, por-

(2) Véase *Correspondence relating*, etc., pág. 104. — Despacho del Sr. de Lavalette, 2 de septiembre de 1860.

que los ingleses intercederían seguramente por los drusos, y si éstos se salvaban, ¿podrían ser inmolados los turcos?

No obstante, un espectáculo muy desagradable había llamado la atención de Fuad á su regreso á Beirut, á saber, el del pabellón francés que flotaba sobre la ciudad. El desembarco había terminado ya á fines de agosto, y nuestras tropas, un poco molestadas por el extremo calor, pero llenas de celo y de buena voluntad, vivaqueaban en los bosques de pinos que rodeaban la población. Su sola presencia había producido un con-

guno en concebirlo; tal vez habría cierta habilidad en ejecutarlo hasta el fin. Oficialmente no éramos más que los auxiliares del sultán, á quien ofrecíamos una gendarmería suplementaria destinada á reparar los errores ó la impotencia de la otra; así lo había querido la diplomacia; así lo había proclamado el mismo emperador. ¡Gendarmes! Dispuestos estábamos á desempeñar con celo el papel de tales; pero al mismo tiempo la falsa lógica de las cosas nos obligaba á concertar todos nuestros movimientos con los correligionarios, los antiguos amigos, los antiguos protectores de los culpables, y en



Fuad Bajá

suelo inefable; los cristianos se consideraban amparados en lo sucesivo, al paso que sus enemigos sentíanse cohibidos, siendo este el primero, el inapreciable resultado de la empresa. Pero, para que ésta produjera todos sus frutos, era preciso que nuestros batallones no se inmovilizaran en Beirut, sino que con su concurso y casi bajo su fiscalización fuesen en todas partes perseguidos, cogidos y juzgados los culpables, para quienes no había de haber en adelante indulgencia. Al amparo de la bandera tricolor, desplegada en toda la Montaña, deberían los cristianos volver á sus aldeas, percibir con urgencia la indemnización de sus pérdidas, reconstruir sus viviendas, preparar sus tierras para la próxima cosecha, en una palabra, volver á su existencia normal después de la terrible borrasca que casi les había aniquilado. También bajo los auspicios de Francia habría de quedar garantizada la seguridad en lo porvenir, mediante un cambio profundo de las instituciones locales y acaso de las instituciones políticas. Sólo á este precio sería la expedición digna de nuestro país y de su tradicional nombradía.

Tan sencillo era este plan que no había mérito al-

tales circunstancias habría sido una candidez contar con aquellos á quienes nosotros aparentemente ayudábamos; bastante harían si no nos traicionaban del todo. Había, sin embargo, entre los turcos uno que acababa de distinguirse en Damasco por su energía y que por su elevado rango estaba muy por encima de las preocupaciones vulgares: era Fuad. ¿Merecía éste la confianza de que parecían indignos sus compatriotas? Algunos de los nuestros se complacían en creerlo así.

En cuanto llegó á Beirut, el comisario del sultán celebró con el general Beaufort varias entrevistas, de las cuales surgió un plan que parecía muy á propósito para restablecer la paz pública: los franceses, abandonando sus campamentos, se dirigirían á Deir-el-Kamar, desde donde explorarían la Montaña, darían ánimo á los cristianos, los reintegrarían en sus hogares y reconstituirían la administración; en el entretanto, los turcos, encargados del puesto de honor (y otra cosa no podía ser desde el momento en que nosotros sólo éramos sus auxiliares), se encaminarían hacia el Sur, se detendrían en Djezzin, y atravesando las crestas del Líbano, operarían al Este de la cordillera, cortarían la retirada hacia el

Haurán á las partidas drusas todavía en armas, y las arrojarían sobre los batallones franceses. De esta suerte nadie escaparía, lo cual constituía una gran satisfacción para Beaufort y mayor aún para Fuad.

Este fué el programa; veamos ahora cómo se ejecutó. El 26 de septiembre llegaron los franceses á Deir-el-Kamar y, generosos cuanto valientes, se dedicaron á socorrer á las víctimas mientras esperaban poder vengarlas; en cuanto á los turcos, pasaron el Líbano y se extendieron, conforme se había convenido, á lo largo de las salidas que daban acceso al Haurán; pero precisamente llegaron bastante tarde para que los drusos tuvieran tiempo de huir. No por esto se desconcertó Fuad, y cuando los franceses, que á su vez acababan de atravesar la montaña, esperaban la señal convenida, aconsejó tranquilamente al general de Beaufort que restringiera sus operaciones. No les quedaba á los franceses más remedio que proseguir su paseo militar, ó mejor dicho, su paseo de beneficencia, así es que continuaron su camino haciendo todo el bien que pudieron, labor meritoria, pero insuficiente para soldados y sobre todo para soldados que de tan lejos venían. Al descontento del fracaso, juntóse para el general en jefe otro desengaño: algunos maronitas, al verse protegidos, no pudieron resistir al deseo de vengar la muerte de sus correligionarios y asesinaron á algunos drusos. Inmediatamente llegaron al consulado británico reclamaciones enérgicas, casi irritadas (1), de modo que, para colmo de disgusto, el general de Beaufort vióse acusado de consentir que fuesen inmolados los drusos en el preciso momento en que éstos se le escapaban.

Durante estas negociaciones y contramarchas habían llegado á Beirut los miembros de la Comisión europea que, como se recordará, había sido nombrada por iniciativa del Sr. Thouvenel. Dichos comisionados eran: por Francia, el Sr. Beclard; por Inglaterra, lord Dufferin; por Rusia, el Sr. Novikoff; por Prusia, el Sr. Reh-fues; y por Austria, el Sr. Weckbecker. Su misión tenía un triple objeto: vigilar las represiones; asegurar las indemnizaciones y revisar la organización administrativa. Si Fuad, explotando los antagonismos de estos delegados, conseguía no reprimir nada, no pagar indemnización alguna y no reorganizar sólidamente más que el poder de su soberano, llegaría al colmo de su reputación.

Desde un principio pudo dudarse de que tal resultado fuera posible. Los comisionados estaban asombrados de lo que veían en Siria; todo cuanto habían creído exagerado por el rumor público ó por el enloquecimiento de las víctimas se ofrecía ante sus ojos como una repugnante realidad. La cifra total de los cristianos asesinados en toda la región del Líbano se elevaba á 6.000, de los que 500 habían perecido á manos de asesinos; además habían sido incendiadas 150 aldeas ó caseríos, y en cuanto al número de los perjudicados por la guerra civil, se calculaba, por lo bajo, en 75.000: unos habían visto morir á sus allegados, otros habían perdido sus bienes, y otros se encontraban sin sus viviendas que el incendio había destruído (2). Tal era el estado

(1) Véase *Correspondence relating* etc. págs. 158, 159 y 167.

(2) Tomo estas cifras de un informe del Sr. Moore, cónsul general de Inglaterra en Beirut, á sir Bulwer, embajador británico

de la Montaña. En cuando á Damasco, los cálculos no eran menos espantosos: en efecto, el número de cristianos inmolados se estimaba en 5.000, y las pérdidas materiales no bajaban de 125 millones (3). En presencia de tanto desastre, ¿quién hubiera osado hablar de indulgencia y sobre todo de impunidad? ¿Quién se hubiera atrevido á regatear á las víctimas los socorros que habían de hacer menos amarga su miseria?

La comisión celebró su primera sesión el día 5 de octubre, ocupándose casi inmediatamente de las represiones. Habíase instituído en Beirut un tribunal extraordinario, y se iba á instituir otro en Moktarah; y habiéndose aventurado los comisionados á investigar los antecedentes de los jueces, comenzaron por descubrir que uno de los miembros del tribunal de Beirut era un cierto coronel Hosni-Beck, hasta hacía poco comandante de una de las guarniciones otomanas que había hecho causa común con los drusos. Los turcos, al pronto, negaron el hecho, pero luego lo confesaron tranquilamente, y destituyendo á aquel oficial le hicieron descender de la categoría de juez á la de acusado. De buena gana hubieran querido los europeos satisfacer su curiosidad acerca de algunos otros puntos; pero, sea por exceso de ocupaciones, sea por refinamiento de habilidad, Fuad se abstenía generalmente de asistir á las sesiones poniendo en su lugar á un subordinado suyo, Abro-Effendi, que unas veces guardaba silencio y otras alegaba ignorancia ó falta de instrucciones, con lo cual ganaba tiempo, que era lo más importante desde el momento en que la ocupación francesa tenía un plazo limitado. Cuando Fuad consentía en tomar parte en las deliberaciones de sus colegas, entregábase á veces á excesos de celo, pero eran éstos tan aparatosos que en vez de tranquilizar inquietaban. En realidad, después de las ejecuciones de Damasco nada eficaz se había hecho: los drusos continuaban libres, salvo algunos jefes que eran vigilados en Beirut; y en cuanto á Khurchid y á sus oficiales, seguían esperando que se les formara proceso. Los comisionados reclamaron, pidiendo que se decidiera la suerte del bajá y de sus acólitos y haciendo presente que si un gran número de drusos habían huido, había otros que se mostraban menos cuidadosos de someterse que de poner á salvo su botín. Fuad comenzó por pedir algunos plazos, y dos meses después, á mediados de diciembre, adoptó una serie de medidas que tenían todas las apariencias de enérgicas. En el Líbano y en el Anti Líbano fueron arrestados gran número de drusos, setecientos ú ochocientos, según se dijo; en la misma época Khurchid y los oficiales turcos fueron condenados á prisión perpetua; y, por último, dictáronse once sentencias de muerte contra los jefes drusos que se habían rendido á discreción en Beirut. Estas resoluciones, comunicadas á París y á Londres, parecían, vistas á distancia, revelar una energía casi igual á la que

en Constantinopla, 30 de junio de 1860 (*Further papers*, pág. 25). Los documentos de origen francés contienen cifras más elevadas todavía, pero como las más de las veces proceden de las mismas víctimas, podrían ser tachados de exagerados. Por esta razón he preferido atenerme á los informes británicos, más inclinados á atenuar el mal que á aumentarlo.

(3) Informe del cónsul Brant á lord Russell, 11 de agosto (*Correspondence relating*, etc., pág. 83). El Sr. Brant estima el número de muertos en 5.500, de ellos 3.500 de Damasco y 2.000 extranjeros que se habían refugiado en la ciudad.

poco antes se desplegara en Damasco; pero sobre el terreno, sólo á medias satisficieron á las poblaciones cristianas y á los mismos comisionados europeos. Observóse, en efecto, que ninguno de los funcionarios otomanos, ni siquiera Khurchid, era condenado á la pena capital; en cuanto á los jefes drusos, esperóse algunos días, pero luego, al ver que ninguno de ellos era ajusticiado, no se dudó ya de que serían perdonados. Quedaban los drusos detenidos en masa, pero seguramente Inglaterra los ampararía con su protección; y de ello se tuvo la prueba cuando, en la sesión de 29 de diciembre, lord Dufferin atacó vigorosamente, no á los autores de las matanzas, sino á los obispos que habían denunciado, decía, á más de 1.200 drusos: «¿Está en el espíritu del Evangelio esa sed de venganza?—El número de denuncias hechas por los obispos es abrumador, no para los obispos, sino para la población drusa,» replicó vivamente el comisionado francés, Sr. Beclard. Los turcos presenciaban con maligna alegría estas discusiones; en efecto, las divisiones de los comisionados europeos habían de ser su mayor fortuna, y las potencias, al pedirles que hicieran cosas diferentes, les autorizaban para no hacer nada absolutamente.

A la preocupación del castigo de los culpables uníase la de aliviar la triste suerte de las víctimas, obra que por la proximidad del invierno revestía los caracteres de urgente. Para ello, y ante la manifestación reiterada de Fuad de que Turquía tenía muy poco numerario, los comisionados francés y prusiano propusieron que para atender á los damnificados de Damasco se estableciera una contribución de guerra y se verificaran además minuciosos registros á fin de recobrar los objetos robados. Pocos días después, el cónsul de Francia envió un proyecto de pago muy completo, reclamando para los cristianos damascenos una indemnización de treinta millones que sería satisfecha en parte con un impuesto extraordinario sobre la ciudad y sus afueras, y en parte con una subvención de la Puerta. El plan era bueno; pero ¿cómo pagaría la Puerta á simples cristianos si no pagaba á sus soldados? «Lo que importa, repetía el Sr. Beclard, es no tanto la cifra de la indemnización como el pago inmediato (1).» Así hablaba nuestro representante, con muy buen juicio, como hombre que sabía perfectamente que lo que no se pagase en el acto no se pagaría nunca. El día 1.º de diciembre partieron los comisionados para Damasco á fin de estudiar sobre el terreno el mal y sus remedios, siendo allí recibidos muy solemnemente y viéndose rodeados de una escolta de oficiales, muchos de los cuales habían intervenido en las últimas matanzas. En honor suyo habíanse apresurado los turcos á desescombrar el barrio cristiano, de la misma manera que se limpia una prisión cuando el inspector la visita, y de entre los escombros se sacaban de cuando en cuando algunos huesos, pobres restos apresuradamente reunidos y llevados furtivamente al cementerio. Los comisionados paseáronse durante varios días por entre las ruinas, regresando luego á Beirut en medio del mismo suntuoso aparato de la llegada, pero sin ningún provecho para las víctimas, las cuales no recibían más socorros que los de los laza-

ristas y comités franceses y también los de los ingleses, no menos generosos en su filantropía que implacablemente egoístas en su política. Esto pasaba en Damasco.

En cuanto á la región del Líbano, el general de Beaufort, durante la ausencia de los comisionados, había hecho prevalecer un sistema, enunciado ya por el señor Beclard y aceptado por Fuad, consistente en una fuerte contribución en especies que pagarían los drusos aptos para llevar las armas, y para cuyo pronto cobro se apelaría á los medios más coercitivos. Pero entonces intervino lord Dufferin, que recibió las peticiones de los drusos, é invocando ciertas disposiciones excesivas, protestó contra la severidad de aquella medida (2). ¡Qué hermosa ocasión se ofrecía á Fuad para cruzarse de brazos é invitar á los representantes de Europa á que se pusieran entre sí de acuerdo!

A todo esto, el año tocaba á su fin y sólo faltaban dos meses para que, cumplido el plazo señalado á la expedición, los batallones franceses regresaran á Marsella. Para que el triunfo de la Puerta fuese completo, era preciso alargar hasta entonces el asunto de los castigos y de las indemnizaciones y sobre todo impedir que una ocupación largo tiempo prolongada hiciera inútiles las dilaciones y obligara á los turcos en definitiva á castigar y á pagar. Aunque la eventualidad era temible, la Puerta la afrontaba sin gran aprensión, contando con los celos de Inglaterra.

VII

El día 10 de enero de 1861, lord Cowley, portador de las instrucciones de lord Russell, presentóse en el ministerio de Negocios extranjeros, y después de haber recordado el convenio de 5 de septiembre, pidió el próximo regreso de la expedición. El Sr. Thouvenel, que tenía en sus manos los informes del Sr. Beclard, leyóselos al embajador é insistió en hacer ver cuán incompleta era la pacificación de Siria: «El interés de la humanidad y nuestro propio honor, añadió, no permiten la evacuación sin que antes se establezca allí un poder fuerte y responsable.—Pero el gobierno francés, replicó Cowley, viene obligado á retirar sus tropas en el plazo fijado por la Conferencia. Sin duda alguna, y no opondremos ninguna resistencia á Europa; pero por mi alma y en conciencia auguro que, si partimos ahora, no tardará en ocurrir una nueva matanza.—A lo menos, repuso Cowley algo desconcertado, que los franceses replieguen hacia la costa sus guarniciones del interior, porque su presencia en la Montaña no hace más que irritar á los drusos y excitar á los maronitas (3).» Lo que el embajador expresaba con cortesía perfectamente diplomática, repitiólo lord Russell en los días siguientes con arrogante insistencia: «El sultán, escribía, es un soberano independiente y Turquía no se encuentra bajo la dominación de las cinco potencias (4).» Y añadía unos días después: «No queremos crear en Oriente un nuevo Estado pontificio y dar á Francia otro pretexto

(2) Véase *Correspondence relating*, etc., págs. 284, 288 y 312.

(3) Despacho de lord Cowley á lord Russell, 11 de enero de 1861 (*Correspondence*, pág. 317).

(4) Despacho de lord Russell á lord Cowley, 24 de enero de 1861 (*Correspondence*, pág. 332).

(1) *Correspondence relating*, etc., págs. 240, 241 y 261.—Acta de la sesión de 21 de noviembre de 1860.